

Destacaría la brillantez con que el autor describe el paso de la infancia a la edad adulta a través de las miradas.

En un libro tan corto el autor ha tratado muchos temas: el arte de la seducción, el dilema mujer/madre, la infidelidad, la sociedad del pasado siglo, etc... Pero, ante todo, para mí el libro es magistral en la descripción del encuentro del niño con el mundo adulto.

La forma de contar la historia me ha encantado. Tenía los ingredientes para ser una novela rosa y no lo es absoluto. Es más, es un libro donde nada se concluye. Todo queda abierto a las posibles interpretaciones del lector. Desde mi punto de vista, el libro no tiene moralina. El libro describe situaciones reales y verosímiles. La realidad que nos presenta es contradictoria como así lo es el ser humano. Ciertos personajes son inseguros, a veces ingenuos y a veces crueles. Y, en medio de todo, está el azar jugando un papel importante.

A veces la actitud del niño me ha desconcertado. Unas veces parece demasiado ingenuo y otras, muy maduro. No he llegado a comprenderlo del todo. Pero me ha gustado mucho el libro y la forma de escribir de este autor.

Me ha gustado cómo va transcurriendo la historia. Sin premeditación, dejándose llevar, mezclando sensualidad y misterio, creando y manteniendo una tensión en el lector y resolviéndose a favor del amor.

Me ha gustado la historia y me ha servido para reafirmarme en uno de mis principios pedagógicos básicos y es que a un niño no se le debe engañar nunca.

Me he detenido mucho en el análisis del escritor: su fragilidad, su pacifismo, su huída de la crueldad y me ha sorprendido su capacidad para escribir una obra como ésta con sólo veinte años. Pero la actitud del niño me resulta a veces inverosímil.

El viaje que el niño realiza cuando huye a la casa de su abuela es absolutamente genial. Es un viaje iniciático, es un recorrido a través del siglo, es una búsqueda, una lucha entre los valores que se pierden y los que se están a punto de descubrir. Y, al final, el valor de la niñez. Pero una niñez enriquecida por una mayor comprensión de los adultos. Es maravilloso el pacto que se establece entre la mujer y el niño.



El barón:

“Aunque no desprovisto de aptitudes para la vida interior, consciente de su incapacidad para la soledad, poseía un carácter enteramente mundano, y como tal era apreciado y bien visto en todos los círculos. No sentía ninguna inclinación a enfrentarse solo consigo mismo y en lo posible evitaba esos encuentros, porque en absoluto deseaba un conocimiento más íntimo de su propia persona” (pág. 11).

La dama:

“Tenía un aspecto muy cuidado y vestía con visible elegancia..., una de esas judías un tanto voluptuosas, rayando en la edad madura, evidentemente también apasionadas, pero con la suficiente experiencia como para saber ocultar su temperamento con aire de distinguida melancolía.” (pág. 14)

El niño:

“Su rostro no dejaba de ser hermoso, aunque todavía del todo indefinido. La lucha entre lo masculino y lo infantil parecía que acababa de entablarse, aunque en él todo estuviera como amasado y no formado definitivamente, nada expresado en líneas puras, sino mezclado de una manera indefinida, desordenada. Además se encontraba en esa desventajosa edad en la que a los niños nunca les queda bien la ropa, en la que las mangas y los pantalones les vienen anchos y les cuelgan en torno a las descarnadas articulaciones, y en la que la vanidad aún no les apremia a cuidar de su aspecto”. (pág. 18)

“...lo social, con el juego que enmascara su avidez, siempre retarda lo erótico entre el hombre y la mujer, quitando a las palabras el ardor, y el ímpetu a la acometida.

...La vida, a la que hace tiempo parece que se le han dado ya todas las respuestas, se convierte una vez más en pregunta, por última vez tiembla la mágica aguja del deseo, oscilando entre la esperanza de una experiencia erótica y la resignación definitiva. Una mujer tiene entonces que decidir entre vivir su propio destino o el de sus hijos, entre comportarse como una mujer o como una madre”. (pág. 34)

“La ira, la impaciencia, la indignación, la curiosidad, el desvalimiento y la traición de los últimos días, reprimidos en pueril combate, en la ilusión de haberse hecho mayor, hacían que el pecho le estallara, y se convirtieron en lágrimas. Era el último lloro de su niñez, la última vez que lloraba de aquella forma salvaje. Por última vez se entregó, como una mujer, a la voluptuosidad de las lágrimas. En aquella hora de rabia incontrolada echó fuera de sí, en forma de llanto, todo lo que llevaba dentro: la confianza, el amor, la credulidad, el respeto... Toda su niñez”. (pág. 71)

**“En cualquier caso, de nuevo se dio cuenta de que el dinero era algo que uno no siempre tenía, algo que de alguna manera había que conseguir. Por primera vez fue consciente de que estaba acostumbrado a que a su alrededor reinara una atmósfera de bienestar y de que tanto a la derecha como a la izquierda de su vida había profundos abismos que se abrían a la oscuridad, abismos que su vista jamás había rozado. De golpe se percató de que había oficios y destinos, de que en torno a su vida había un cúmulo de misterios, al alcance y sin embargo ignorados. Edgar había aprendido mucho en aquella única hora que llevaba solo, había empezado a ver muchas cosas en aquel estrecho compartimento cuyas ventanillas se abrían al campo. Y lentamente, de su oscuro miedo empezó a brotar algo que todavía no era felicidad, pero sí un asombro ante la diversidad de la vida”. (pág. 106)**

**“Notó los besos y las lágrimas, correspondió dulcemente a la caricia, que interpretó como una reconciliación, como un gesto de agradecimiento por su silencio. Sólo después, muchos años después, reconoció en aquellas mudas lágrimas un voto de la mujer que envejecía, que desde aquel momento no quería pertenecer a nadie más que a él, a su hijo, una renuncia a la aventura, una despedida de todos los deseos propios. No supo que también le daba las gracias por haberla librado de una aventura estéril, y que con aquel abrazo le transmitía, como una herencia, la carga agri dulce del amor para su vida futura. Todo esto el niño de entonces no lo comprendió, pero sintió la dicha de ser tan amado, y que con aquel amor ya estaba inmerso en el gran misterio del mundo”. (pág. 121)**

**“Afuera susurraban los árboles en la oscuridad de la noche, pero él ya no tenía miedo. Había perdido por completo la impaciencia frente a la vida, desde que supo lo rica que era. Le pareció como si aquel día lo hubiera visto por primera vez desnuda, no oculta ya por las mil mentiras de la niñez, sino en toda su sensual y peligrosa belleza...**

**...Por primera vez creyó haber entendido la naturaleza humana, que las personas se necesitaban unas a otras, aun cuando les pareciera que eran enemigos, y que es muy dulce sentirse querido por los demás. Era incapaz de pensar en algo o en alguien con odio. No se arrepentía de nada. E incluso para el barón, el seductor, su más encarnizado enemigo, encontró un nuevo sentimiento, la gratitud, porque él le había abierto la puerta hacia aquel mundo de las primeras emociones”.** (pág. 120)